

Nuestra Bibliotecología y Ciencia de la Información

¿Una disciplina tras la conquista de desafíos impensados?



Alejandro E. Parada

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas
INIBI, Argentina / alejandroenrique.parada@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0002-2331-442X> |
<https://ror.org/05t5tmr31>

Resumen

El presente texto plantea la continuidad de los desafíos a los cuales, tradicionalmente, se ha enfrentado la Bibliotecología y Ciencia de la Información (BCI). No obstante, la actual posmodernidad exige nuevas posturas profesionales para sortear con éxito las encrucijadas que asedian a la disciplina. El artículo constituye una reflexión sobre varios de estos tópicos con el objetivo de alentar el debate.

Palabras clave

*Bibliotecología y Ciencia de la Información
Desafíos
Bibliotecas
Aspectos teóricos*

Our Library and Information Science: a discipline behind the conquest of unimaginable challenges?

Abstract

This text addresses the ongoing challenges traditionally faced by Library and Information Science (LIS). However, the current postmodern era demands new professional approaches to successfully navigate the crossroads that beset the discipline. The article reflects on several of these topics with the aim of stimulating debate.

Keywords

*Library and Information Science
Challenges
Libraries
Theoretical aspects*

¿Nuevamente desafíos en un texto de debate sobre nuestra disciplina? ¿Cuántos artículos y ensayos, a lo largo de los lustros, plantearon este tópico? Parecería que hablar de desafíos para la profesión bibliotecaria siempre conlleva una redundancia; es el proyecto y, tal vez, el mérito intrínseco de una reiteración constante y creadora. Porque la nuestra es una actividad que medra y prospera en el propio centro de los desafíos. No podríamos pensar la Bibliotecología y Ciencia de la Información (BCI) fuera de estas competencias, mudables y novedosas; fuera de las transformaciones y la continuidad de sus variantes. No podríamos referirnos a la BCI sin aludir a sus vertiginosas mudanzas. Hablamos, entonces, del cambio impulsado más allá del cambio.

Así, los recursos tecnológicos, desde hace varias décadas, nos moldean e impulsan fuera de toda pasividad. La práctica y el empoderamiento virtual y digital nos traspasan, inevitablemente, con su dardo dorado de la innovación. Pero el pragmatismo profesional en cuanto a las tecnologías puede encubrir un aspecto alarmante: la superficialidad del pensamiento o la ausencia de ciertas reflexiones acerca de la dinámica y la imperiosa realidad de nuestro acontecer.

Es por ello que este texto intenta mencionar algunos aspectos que acaso motiven otras deducciones sobre nuestras actividades en el cambiante y fascinante universo de las bibliotecas. Por lo tanto, abusando de la libertad de un discurso de debate —como se ha puntualizado oportunamente en varios editoriales de Información, cultura y sociedad y es fundamental volver a señalar—, podríamos realizar una muy sumaria y limitada aproximación a los desafíos que hoy nos asedian.

El primero que se presenta radica en la problemática y en el aprendizaje de trabajar profesionalmente en el cosmos de la inteligencia artificial (IA). Nos referimos a la IA como un cosmos; es decir, casi como si fuera un ente biológico con vida propia, cuyo comportamiento simula, casi a la perfección, la vida en la mayoría de sus particularidades. Moramos en una sociedad fragmentada donde la contingencia reivindica su reinado y dominación. La información —y su reguero de datos— forma parte de estas inquietudes e incertidumbres.

El desafío bibliotecario es darle una razón de sentido humano a este gran “recolector de saberes” que es la IA; esto es, imbuir a dicha enteleguía de comportamientos casi orgánicos con un sentido crítico de sus usos. Crear nuevas representaciones humanas que pauten e interpreten la “representación artificial”. No se trata de contraponer lo natural de nuestra condición frente a lo artificial de otra aparente copia de la naturaleza. Se trata de brindar nuestra naturaleza estrictamente homínida ante las certezas y vicisitudes que despliega esta nueva galaxia que es la IA: el firmamento humano como sustento nutricional y arquetípico del artificio técnico.

Para eso necesitamos bibliotecarios y bibliotecarias que cuestionen y ejerciten la crítica dubitativa en el epicentro de la “naturaleza”: esa única naturaleza de ser hombres y mujeres en las bibliotecas modernas. Se trata de definirnos como personas dentro de la IA y, principalmente, fuera de ella, brindándole la estructura de las sensibilidades y emociones. Como se observará, es todo un desafío; un reto que también requerirá, en determinadas instancias, de una rebeldía y una desobediencia bibliotecarias.

El segundo desafío es gestar una presencialidad profesional en la virtualidad. Esto no resulta un juego de palabras. La mediación en las bibliotecas es un hecho irrefutable. Cada año, cada mes, la intermediación remota resulta decisiva para la eficacia de nuestros procedimientos bibliotecarios. Esta situación proyecta un fantasma irreal, pero no por ello menos factible para algunas autoridades: la gradual fantasía de la prescindencia de los y las bibliotecarias; un punto que volveremos a comentar al final de esta exposición. Este es un terreno que demanda toda nuestra dedicación; se nos presenta, entonces, una geografía por conquistar.

El profesional actual se realiza plenamente cuando marca y reelabora su condición presencial fundamental en la virtualidad. Es, entonces, necesario condicionar nuestros usos a dicha presencialidad que, en definitiva, es una especie de itinerario constante e indeclinable en las fronteras de lo remoto y lo existencial. Es oportuno —y creo que se comprenderá— “volver a fundarnos en un segundo momento presencial” de lo remoto. La relación con los lectores y usuarios, pues, ya no es exclusiva de lo físico, del contacto cara a cara; ya es, sin duda, un intercambio distinto.

La tercera incursión se extiende al ámbito de la espacialidad bibliotecaria, esa dimensión extendida de las bibliotecas que ha adquirido un carácter de perspectivas infinitas. Es algo que deviene en incontrastable: la abolición (o, mejor, parcialización) del tradicional espacio de las bibliotecas.

Muchos tipos de servicios han quedado solapados o disminuidos por las nuevas instancias digitales. La “nueva espacialidad bibliotecaria” requiere de disímiles especializaciones de los y las profesionales. Las escuelas y universidades en las cuales se dicta BCI tienen que formar personas capacitadas para estas “estratificaciones impensadas” de las unidades espacio-temporales. Para eso se requerirá de la resignificación de esos lugares de la tradición. Se necesitarán bibliotecarios y bibliotecarias que transformen esos ámbitos en lugares de aprendizaje y de enseñanza; en lugares distintos a los del pasado. Se requieren profesionales que adquieran la capacidad de “dominio” del nuevo espacio vacante de nuestras instalaciones.

Un cuarto desafío se desarrolla en una contienda política: la necesidad de construir “ciudadanías digitales diversas” (cuanto más diversas y heterogéneas, mejor). Ya no se trata de encarar, en un marco simple y a secas, una Alfin (alfabetización informacional), ni siquiera un amplio programa de alfabetización por la escritura y la lectura. El firmamento moderno de lo virtual y remoto demanda ciudadanos cuya formación esté afinada en las experticias digitales.

El rol del profesional es, pues, como un correlato de los impensados espacios bibliotecarios. Debemos apoyar y fomentar, desde las bibliotecas, todas las maneras modernas de dicha alfabetización. Pero debemos tener en cuenta algunas características relevantes. La alfabetización digital suele anclarse en sectores con recursos y con propiedades educacionales continuas y estables. El problema se presenta en los modos de incluir las diversidades, “lo distinto”. Esto abarca a los grupos carentes de normativas institucionales y a las poblaciones que se desplazan con gestos tribales. Aquí el profesional solicitará la ayuda de la Antropología y de la Sociología. También, en un destino no muy lejano, debemos incorporar a los estamentos bibliotecarios una concienciación interdisciplinaria similar a las que emplean los antropólogos y sociólogos. Toda una disyuntiva para nuestra formación bibliotecaria, en general nucleada en la endogamia.

Sin embargo, estas urgencias de nuestra educación —los desafíos de la IA, la presencialidad virtual, la conquista “del otro” espacio de las bibliotecas y el acompañamiento de las distintas ciudadanías digitales— sólo tienen sentido cuando se instrumenta una nueva meta: la formación de bibliotecarios y bibliotecarias especialistas e inmersos en los objetos digitales.

Debemos ir con la tecnología, trascendiendo a esa tecnología, para arribar a otra dimensión técnica. Necesitamos bibliotecarios y bibliotecarias expertos en toda la gama de herramientas digitales. Si no formamos a un profesional altamente tecnológico, difícilmente podremos acceder a un profesional también humanista. Es urgente agotar nuestra formación digital para comprender la solidaridad de nuestras vidas con nuestros usuarios.

Este quinto desafío —el de una sólida formación en la manipulación de los objetos digitales— necesariamente posee un legado: fundamentar otras bases teóricas en la disciplina, distintas a las que hasta la fecha conocimos. Para comprender las capacidades tecnológicas y rearticular nuestra dialéctica social con las ambivalencias de la información presente, requerimos de un corpus teórico más anclado en las realidades sociopolíticas y así eludir las vicisitudes de la posverdad que, en muchas oportunidades, desinforma a la propia información.

Una pregunta se destaca: ¿los criterios con los cuales definimos y accedemos al concepto de información responden a su maleable realidad o ya han quedado en el pasado y deben revisarse desde otras ópticas? Entonces la tarea no es menor: ¿qué acontece con los objetos digitales altamente tecnológicos trasvasados por criterios de información vacíos de reflexión y pautados por la esfera de lo falso? ¿Cuál sería, en este caso, el papel de los bibliotecarios y las bibliotecarias?

Por otra parte, debemos comentar un sexto desafío. La BCI, como todos experimentamos, ya no consiste en establecer estructuras jerárquicas de género y especie, íntimamente vinculadas a una vocación descriptiva cuya visión comenzó con Linneo en el siglo XVIII. La incertidumbre y las fronteras marginales de las disciplinas es lo que caracteriza a las Ciencias Humanas. En este contexto, la BCI se encuentra signada por instancias de hibridación fractal; es decir, por pautas no deterministas y conocimientos fragmentados, donde las deconstrucciones y el lenguaje natural proliferan en diversas áreas de la profesión.

Esta hibridación de las características bibliotecarias y el impulso de los giros lingüísticos naturales reclaman, por parte de nosotros, actitudes y prácticas antes no pensadas e incluso cuestionadas. Si bien —y esto posee un interés para cuestionarnos como profesión— la constelación tecnológica lo es todo, nuestro *modus operandi* se sustenta en conductas morales que no dependen de la IA; estas se ciernen a través de una hibridación social, ya que, como hemos señalado, la IA es un remedo de esa instrumentación de lo vivo, pero en su ser “en sí misma” no es biológica.

La hibridación bibliotecaria se presenta en esta mixtura de “lo dado en forma y uso de artificios tecnológicos o de discursos narrativos” (como artificio técnico) en conjunción con el modelo natural. Esta hibridación es la esencia vanguardista de las Ciencias Sociales; por lo tanto, la BCI no queda exenta de su influencia.

La pregunta que debemos intentar formularnos —en parte similar a algunas que hemos planteado en este texto— es: ¿cómo vamos a manejar y utilizar socialmente estos fenómenos de hibridación bibliotecaria fuera de la cómoda normativa del siglo XX? La aproximación a una respuesta, acaso solo al expresarla, nos causa vértigo, porque nos estamos cuestionando, desde la ontología, sobre la existencia misma de este campo de estudio.

Aquí emergen otros retos dentro de los insospechados. Esta séptima contienda, por llamarla de algún modo, es un desprendimiento del foco de la espacialidad bibliotecaria. Para transitar por esa espacialidad sin tierras ni continentes que son las bibliotecas actuales, es menester diseñar espacialidades holísticas. Prepararnos para abandonar todo isomorfismo pretérito y crear expectativas que no solo respondan a un plano de hibridación, sino que, además, vean a la BCI como un todo integral, como una navegación posmoderna total.

Una navegación en la cual se afinquen, solidariamente, la variedad de las inclusiones sociales, la implementación de la identidad local frente al llano desértico de la globalidad, la cosmovisión de una profesionalización de raigambre latinoamericana y el abandono de actitudes paralizantes y conservadoras que nos lleven a erradicar nuestra identidad que, en numerosas oportunidades, no contempla la otredad. Se trata, hoy más que nunca, de escribir sobre las experiencias bibliotecarias, principalmente con la gente y el pueblo ciudadano, para no caer fuera de toda comprensión sociológica.

También surgen escenarios desafiantes para la carrera universitaria en nuestro campo. Un octavo reto es el siguiente: muchas respuestas demandarán el incremento de un grado académico superador. No solo residimos en una

especialidad junto con otras disciplinas que se autoperceben con grados de mayor jerarquía en sus estudios; se debería, además, luego de un amplio debate, aspirar a una formación universitaria de posgrado.

El posgrado puede imbricar y proyectar a una carrera de realización práctica y operativa como lo es la BCI hacia una formación más amplia en otras áreas de concomitancia similar. Darle a nuestra carrera una mirada y un contenido trascendentalmente interdisciplinario, donde la interdisciplinariedad no sea, como ha sido hasta ahora, un coro de voces y una progresión recitada, sino, al contrario, una necesidad de relectura audaz de nuestra profesión.

Es una estancia de acceso y de mayor nivel académico que, tarde o temprano, debemos encarar. Puede ser la estrategia para salir de nuestro laberinto y saltar encima de su falta de salida, y así dar un paso más allá en las habilidades bibliotecarias. Podríamos citar —alcanza con recorrer los contenidos de las revistas especializadas a nivel regional e internacional— una magnitud casi infinita de desafíos para nuestro quehacer. Es decir, para nuestro arte, pues aquello que nos caracteriza no deja de ser un arte, un acto de creación.

Un penúltimo reto en el que en muchas ocasiones no reparamos: ¿qué haremos los y las profesionales con las colecciones impresas en las bibliotecas tradicionales? No se trata únicamente de preservar el papel y la materialidad del libro, sino de volver a pensar el legado impreso desde otra óptica. Porque, una vez avanzada la digitalización, se corre el riesgo —aunque suene extraño— de no saber qué hacer con dichas colecciones.

Por eso, es necesario reconfigurar el mundo material con el digital. Es oportuno conciliar y vincular, de otro modo, el “diálogo entre lo impreso y lo digital”. La digitalización y la materialidad tienen que estar imbricadas para volver a significar y dar valor a nuestros acervos. Esta encrucijada, que supera a la conservación, es una problemática que se debe encarar con la máxima urgencia, pues se corre el riesgo de que algunos tipos de bibliotecas compartan la paz de los cementerios.

Pero quisiera comentar un último desafío, tan inconcebible hace unos pocos años. Se trata de una tarea impostergable: es oportuno que rescatemos y elaboremos, volviendo a nuestros orígenes en las humanidades, un lazo o cordón de contención humanista frente a la pléyade de retos que nos asedian y acosan. Un delicado sedal bibliotecario como si fuera un velo protector, en el que cohabitan los valores y necesidades de los hombres y mujeres que ejercemos este arte y que, sobre todo, blinde y proteja a la BCI.

No solo esta última frase implica una mención al peligro de los elementos rentables, privados y comerciales que pretenden eclipsar la esencia pública e igualitaria de esta profesión. Pues, además, hay que estar alerta a dos factores que pueden limitarnos muy seriamente.

El primero consiste en el riesgo (cada vez más pautado) que existe, en el actual contexto de época en el cual vivimos, de una suspensión o cierre de carreras con poca matrícula. La BCI es una pequeña gran carrera que puede sufrir este destino merced a una intencionalidad que suele fijarse en la población cuantificable de alumnos y, de manera solapada, en la renta como éxito. Este pragmatismo, identificado con una realidad política que solo tiene ojos para los resultados y los valores numéricos, está impregnado, de hecho, por tonalidades dramáticas y por una gran ceguera. Porque abandona a su merced las necesidades de desarrollo, parejo y equilibrado, de una nación, y posterga a la fría operatividad el fino y sutil universo de los llamados “recursos humanos”.

El segundo punto se relaciona con el anterior, siendo su causa o su consecuencia. Si es factible reducir la plantilla de disciplinas por aquellas que sustenten rentabilidades, también será aleatorio prescindir, en las unidades de información (cualquiera sea su tipificación), de bibliotecarios y bibliotecarias. Por ello, como ya lo hemos señalado en otros momentos, se tornará vital establecer formas de respuesta disidente que velen por nuestra fuerza laboral y la amporen.

Como decía Jorge Manrique hace varios siglos: “Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar”. Y este piélago recolector de sedimentos de los abismos está estrechamente relacionado con la unidad del cosmos y la correspondencia que existe entre las cosas. Lo oceánico tiene una dirección y, en su desenlace, reúne a los elementos no relacionados en una sola red: la red del todo.

La totalidad de los desafíos que se han puntualizado no son segmentos aislados y estancos: están interrelacionados en ese mar proceloso que nos agita y condiciona como profesionales. Ponen en jaque a nuestros procedimientos y mentalidades; al conjunto de nuestras acciones y conocimientos. Se enlazan con el estar aquí y ahora, pero con una mirada en el pasado y la tensión desplegada en el futuro. Pueden ser desafíos que se tornen en una muralla infranqueable o en una fuerza superadora al dejarla atrás. En este último caso, los bibliotecarios y bibliotecarias tienen una oportunidad para demostrar sus habilidades como individuos imprescindibles.

Imprescindibles para dar una entidad de superación a las bibliotecas del porvenir. Y que, en cierta medida, a través del entramado de la vida bibliotecaria, dejen de ser conceptos impensados para desplegar su poderoso mensaje de existencia plenamente ya pensada y crítica.

No hay utopías irrealizables ni tan quiméricas que sean imposibles. Estas palabras que parecen utópicas no lo son: tienen el aura sagrada de su posible logro y concreción.